

administrativo, judicial y policial, y los cuarteles en que se subdividía cada municipio estaban á cargo de funcionarios llamados decuriones, que eran sus jueces de paz. Así las poblaciones aglomeradas en reducidos espacios, se hallaban bajo la inmediata vigilancia de una autoridad paternal, que conocía el carácter y el haber de cada habitante, de modo que podía establecer su filiación moral y el inventario de todas las fortunas en veinticuatro horas.

Sin este estudio analítico sobre la sociabilidad cuyana, descompuesta en sus elementos constitutivos, no se comprendería cómo San Martín pudo emprender y llevar á término, con organización tan rudimentaria, tan pobres recursos y tan corto número de habitantes, la ardua y hasta entonces imposible empresa de crear un ejército invencible, alimentarlo por el espacio de tres años con la sustancia de una sola provincia, tomar por la primera vez la ofensiva en la guerra sud-americana, y libertar dos repúblicas, dando expansión continental á la revolución argentina. El hombre había encontrado en su camino el país que necesitaba para su empresa, pero el país supo responder á ella, dando con abnegación todo cuanto tenía, desde su trabajo personal y sus bienes hasta la sangre de sus hijos. Fué esta la Macedonia del nuevo Alejandro libertador, que iba á cortar el nudo del yugo colonial.

II

El primer contacto entre el gobernador-intendente y la municipalidad de Mendoza, diseñó las respectivas posiciones en sus relaciones con el pueblo cuyano. El Cabildo, al saber el nombramiento de San Martín, le anunció invocando el voto del vecindario, que « conforme á la costumbre y en

» cumplimiento de sus deberes, le había preparado casa en
» que alojarse ». El Intendente contestó: « que en el curso
» de su vida no había experimentado sentimiento igual al
» rehusar la primera prueba de afecto de una corporación y
» de un pueblo á que estaba dispuesto á consagrar su exis-
» tencia, al no aceptar su generoso ofrecimiento ». El Cabildo insistió en su oferta. San Martín tranzó la cuestión, replicando, que « para que no se atribuyese á desaire su
» negativa, aceptaría el alojamiento preparado por el tiempo
» necesario para dejar á uno y otro en el lugar que les co-
» rrespondía, sacrificio de conciencia que sólo hacía en bene-
» ficio y honor de los habitantes de Cuyo » (2). Este proceder que obedecía á la regla de rechazar honores y favores que se había impuesto, respondía á la vez al propósito de emanciparse de toda dependencia y obligación personal, respecto de una corporación que iba á ser el instrumento de opresión para exprimir sin compasión la sustancia de un pueblo que con tanto cariño le abría sus brazos.

Otro incidente del mismo género, que aunque en el orden cronológico es posterior (año 1815), muestra que este proceder respondía á un propósito deliberado. Habiéndose divulgado la voz, de que iba á separarse de su esposa, que á la sazón le acompañaba en Mendoza, « por la escasez de su
» sueldo, del cual había donado la mitad mensual á la na-
» ción, y que para costear su viaje á Buenos Aires había
» tenido que vender un mueble de su uso », el Cabildo le ofició, que « por honor del pueblo, y en reconocimiento á
» sus desvelos, que habían dado otro ser á la provincia de
» Cuyo, engrandeciéndola, creía deber arbitrar los medios

(2) Ofi. del Cabildo de Mendoza de 3 de setiembre de 1814. Idem de San Martín de setiembre de 1814. (Este of. está escrito de puño y letra de San Martín.) Idem de 7 de setiembre de 1814. Borrador de réplica de San Martín sin fecha. M. S. (Arch. de San Martín: « Gobierno de Cuyo, » vol. IV, núm. 1.º).

» para su decorosa subsistencia, ofreciéndole abonar de sus
 » recursos municipales el sueldo íntegro que le correspon-
 » día ». La contestación de San Martín fué más explícita
 que la anterior: « Desde el momento de la pérdida de Chile,
 » me resolví á separarme de mi pequeña familia. La inter-
 » posición del Cabildo me lo hace suspender por segunda
 » vez, para que no se atribuya á temor de los enemigos.
 » Mis necesidades están suficientemente llenadas con la mi-
 » tad del sueldo que gozo. En retribución á mi deferencia
 » espero se suspenda todo procedimiento en materia de
 » aumento de sueldo; en la inteligencia que no será admi-
 » tido por cuanto existe en la tierra » (3). Precisamente
 cuando así procedía respecto de su persona, empezaba á
 estrujar metódicamente á los pueblos de Cuyo, para sacarles
 los últimos pesos de su bolsillo y hacerlos servir á sus desig-
 nios de orden público, declarando en cierto modo la comu-
 nidad de los bienes de los particulares y del Estado, como se
 verá después.

Por ese mismo tiempo (enero de 1815) le fué extendido el
 despacho de coronel mayor (general de brigada). Al dar las
 gracias por esta distinción, ofició al gobierno: « Debo protes-
 » tar, como lo hago, que jamás recibiré otra graduación
 » mayor, y que asegurado el Estado de la dominación espa-
 » ñola, haré dejación de mi empleo, para retirarme á pasar
 » mis enfermos días en el retiro. Esta protesta hará un docu-
 » mento eterno de mis deseos » (4). Esta protesta, que fué
 renovada públicamente después, explica algunos incidentes

(3) Ofi. del Cabildo de Mendoza de 21 de noviembre de 1815. Idem de San Martín (borrador de su puño y letra) de 22 de noviembre de 1815. M. SS. (Archivo de San Martín, vol. IV, núm. 1.º.)

(4) Ofi. de San Martín al Gobierno de fecha 27 de enero de 1815. M. S. del Arch. Gral. (Este doc. nunca ha sido publicado.) — En 1816, habiendo el Cabildo solicitado sin su anuencia, que se le confiriese el grado de brigadier general, dirigió á la prensa una carta en que decía: « Protesto á nombre de la independencia de mi patria no admitir jamás

de la vida de San Martín, en el curso de su carrera militar.

Algunos historiadores han creído descubrir en esta ostentación sistemática de olvido de sí mismo, que rechazaba de antemano hasta honores y recompensas, un desprecio aparente por las cosas externas, que cubría intenciones ocultas, á imitación del astuto cardenal que se inclinaba humildemente apoyado en sus muletas para que le entregasen las llaves de San Pedro. Como hemos dicho antes, cualesquiera que hayan sido sus ambiciones secretas, que bien pudo abrigar legítimamente, el hecho es, que no se le conocen otras que las de sus designios en pro de la comunidad, á las cuales se consagró con un desinterés personal, que fué la regla de su vida pública, hasta comprobarla con el sacrificio voluntario del mando supremo y el ostracismo decretado por él mismo. Así, aun considerados estos actos bajo su aspecto más oscuro ó como meras exterioridades de moderación, son ejemplos dignos de recordarse y de imitarse, y antecedentes necesarios que explicarán otros análogos en el curso de su carrera.

Apenas instalado en su Gobierno, su atención fué preferentemente llamada hacia Chile, su objetivo inmediato y lejano, y que según él, « era la ciudadela de la América, que
 » debía defenderse y salvarse, y caso de perderse, ser recon-
 » quistada á toda costa » (5). Empero, no conocía al país ni sus hombres, y las noticias vagas que acerca de él obtenía no

» mayor graduación que la que tengo, ni obtener empleo público, y el
 » militar que poseo renunciarlo en el momento en que los americanos
 » no tengan enemigos. — No se atribuya á virtud esta exposición, y sí
 » al deseo que me asiste de gozar de tranquilidad el resto de mis días. »
 Véase el *Censor* de B. A. núm. 58 del 12 de diciembre de 1816.

(5) En un informe oficial de San Martín de fecha 1.º de junio de 1815 (de que se hará especial mención más adelante) con motivo de un plan de reconquista de Chile formado por don José M. Carrera, dice lo siguiente: « Apenas me había encargado del mando de esta provincia (de Cuyo) cuando sucedió la pérdida de Chile, y desde entonces una de mis continuas meditaciones ha sido este país. Chile debe ser recon-

lo habilitaban para formar un juicio cabal al respecto. Las primeras informaciones que del estado de su revolución tuvo, le fueron trasmitidas por el coronel Balcarce, actor en ella, y desde entonces empezó á fijar sus ideas. Posteriormente llegaron desterrados á Mendoza, Irisarri y Mackenna, á quienes oyó con atención. Todos ellos eran enemigos de Carrera, y le pintaron á este caudillo como un joven díscolo, sin moral, sin talento político ni militar, en cuyas ineptas manos debía perderse irremediabilmente la revolución chilena. Estos juicios le fueron confirmados por el pseudo Dr. Passo, quien le agregó, que Carrera era un enemigo de la influencia argentina, que abrigaba odios contra su pueblo y su gobierno, como había tenido ocasión de palparlo. Todos ellos le decían, que O'Higgins era el único en « quien Chile debía fundar sus esperanzas, porque era un » hombre modesto, amigo de los argentinos, alma buena y » generosa y espíritu esforzado ». Desde entonces, Carrera quedó condenado ante su conciencia, y O'Higgins fué su hombre en perspectiva.

Un mes después del arribo de los desterrados por Carrera (setiembre de 1814), llegaba á Mendoza un emisario de la Junta de Chile con pliegos para el gobernador de Cuyo, en que le anunciaba la invasión de Osorio y le pedía con insistencia un cuerpo de tropas para engrosar su ejército, previéndole que la situación del país era muy angustiosa (6). San Martín no tenía fuerzas de que disponer, y después de remitir los auxilios que estaban á su alcance, despachó un propio al Gobierno, instando por el pronto envío de una

» quistado : limitrofe á nosotros no puede existir un enemigo dueño de » él. » Véase : « Hist. de la Indep. de Chile » por Barros Arana, t. III, núm. 4 del Apéndice en que se inserta el documento. — En comunicación posterior sobre lo mismo, que se citará en su lugar, San Martín dice : « Chile es la ciudadela de la América ».

(6) Barros Arana : « Hist. de la Indep. de Chile, » t. III, pág. 93.

expedición de 1,500 hombres á fin de socorrer á Chile, ó al menos una cantidad igual de fusiles. El Director le contestó confidencialmente en el tono jocosoburlesco que le era habitual : « Y de los amigos chilenos, ¿ qué quiere que haga- » mos? Estando como estamos empeñados en la campaña » del Perú, no podemos divertir una considerable parte de » nuestra fuerza como la de 1,500 hombres hacia el Estado » de Chile. Por lo que hace á fusiles, pólvora etc., etc. nin- » guno mejor que V. sabe los sanfrancia que hay acerca de » estos artículos. Si hay algunos, deben existir en la sala » de armas y en nuestra famosa fábrica de fusiles. Vengan, » pues, todos los chilenos, y tómense los que encuentren. » Yo no extraño que los chilenos pidan : lo que no puedo » dejar de extrañar es, que Vds. que saben de esta farándula » de las armas, me vengan pidiendo cosas á centenares y » millares, cuando yo todavía no he visto un fusil trabajado » completamente en Buenos Aires, ni en la sala de armas he » visto jamás archivado un fusil ni de Montevideo, ni de » Jérusalén, ni bueno, ni descompuesto. Ustedes son » los que guardan los fusiles, los sables, los cartuchos, » las piedras, etc., y de consiguiente el jefe del Estado » es un fundido para disponer de estos artículos. Vds., » como compañeros, socórranse unos á otros con los » sobrantes que tengan. Con que, por ahora, lo que » importa es, dar á Chile la esperanza, prestarse Las » Heras á auxiliarlos con su corta división, darles los fusi- » les sobrantes, y arreglar en esa ciudad y provincia » lo que se pueda, ínterin acá me peleó por man- » dar tercerolas, sables viejos, ó demonios coronados, » para que se ponga la cosa en pie de defensa » (7).

(7) Carta del Director Posadas á San Martín de 24 de setiembre de 1814. Arch. de San Martín, vol. III, « Varios : Guerra y Política ». M. S.

Pocos días después, la revolución chilena sucumbía, y sus emigrados buscaban un asilo en Mendoza con Carrera y O'Higgins á la cabeza.

III

El 9 de octubre llegó á Mendoza la noticia del desastre de Rancagua. Dos días después recibía San Martín un oficio de Carrera, datado en Santa Rosa de los Andes (octubre 5), en que solicitaba nuevamente auxilio de tropas para continuar la guerra (8); pero antes de esperar la contestación, el general chileno desistía de su vano empeño, y evacuaba el territorio patrio, expulsado por el enemigo, según queda relatado. El gobernador de Cuyo ensayó entonces por la primera vez el sistema de prestaciones de auxilios que se proponía implantar en su provincia, estimulando los sentimientos de humanidad del vecindario, como más adelante estimularía su patriotismo para exigirle el sacrificio de sus bienes y de sus personas para el servicio del Estado. El pueblo respondió generosamente á su llamamiento, remitiendo más de mil cargas con víveres en abundancia y gran número de mulas de silla para auxiliar á los emigrados, á la vez que en la ciudad se disponían alojamientos para recibirlos.

San Martín se puso en marcha hacia la cordillera con el objeto de cumplir personalmente los deberes de la hospitalidad. Al llegar al valle de Uspallata, encontróse con una soldadesca dispersa, que salteaba las cargas, inutilizaba los víveres y cometía todo género de depredaciones (9); mientras

(8) Barros Arana: « Hist. de la Indep. de Chile, » t. III, p. 96.

(9) Todos los historiadores chilenos están contestes en este punto.

que otros grupos de hombres y mujeres vociferaban contra los Carrera, á quienes culpaban de todas sus desgracias, acusándolos de traer entre sus cargas un millón de pesos extraídos del tesoro público de Chile. Á poco trecho, hallóse con O'Higgins, á quien saludó afectuosamente, recomendándole interpusiera su autoridad á fin de contener tan deplorables excesos. En seguida mandó publicar un bando para que toda la tropa desbandada se reuniese en piquetes á las órdenes de sus jefes y oficiales, bajo pena de la vida, encomendando su cumplimiento al coronel Alcázar y al capitán Freyre, quienes consiguieron reunir un escuadrón de cien dragones chilenos. No bien restablecido aún el orden, difundióse en el campo el alarmante rumor de que la retaguardia, que cubrían Carrera con el resto de su fuerza y Las Heras con los Auxiliares, había sido destrozada por el enemigo. San Martín, para infundir confianza, se adelantó hasta el desfiladero de Picheuta, donde recibió parte de Las Heras de que la retirada se continuaba sin novedad. Con esta noticia, regresó á Uspallata. En la noche llegó Carrera al mismo punto, y envió á su hermano don Juan José á saludar al gobernador en nombre del « supremo gobierno de Chile, » anunciándole que en una choza inmediata se hallaban los miembros que lo componían, por si deseaba ir á verlos. San Martín envió á su vez un ayudante á darles la bienvenida, sin darse por entendido de la insinuación, aun cuando, como él lo dice, « le chocó vivamente la pretensión de conservar » en territorio extraño la representación ambulante de una » autoridad sin pueblo y sin súbditos, como si el gobierno » fuese una gratificación honorífica inherente á sus personas » (10).

(10) Barros Arana en su « Hist. de la Indep. de Chile » y Vicuña Mackenna, en su « Ost. de los Carreras, » han repetido que San Martín y Carrera se encontraron ese día en uno de los desfiladeros de la monta-